

# Del territorio al asentamiento y del asentamiento al territorio: la investigación arqueológica en áreas de montaña y alta montaña en el Pirineo central\*

Ermengol Gassiot Ballbè<sup>1</sup>, Guillem Salvador Baiges<sup>1</sup>, Laura Obea Gómez<sup>1</sup>, Sara Díaz Bonilla<sup>1</sup>, David Garcia Casas<sup>2</sup>, David Rodríguez Antón<sup>1</sup>, Ignacio Clemente Conte<sup>3</sup>, Niccolò Mazzucco<sup>4</sup>



© de los autores

Recibido: 01/12/2021  
Aceptado: 19/10/2022

## Resumen

Aunque reciente en nuestra disciplina, la arqueología de las zonas de alta montaña poco a poco va consolidándose, generando corpus empíricos y procedimientos que en muchas ocasiones constituyen sus señas de identidad. Por encima de la diversidad de equipos y programas de investigación, algunos aspectos tienden a presentarse de forma recurrente. Uno es un cierto interés por las secuencias de larga duración. Otro lo constituye la mirada hacia un espacio amplio, que va mucho más allá del asentamiento. Este interés por el territorio o el paisaje, que en ocasiones se prefigura como un verdadero objeto de estudio, conlleva cambios en el diseño metodológico de la investigación. En este trabajo pretendemos recoger los ya casi 20 años de experiencia del Grupo de Arqueología de la Alta Montaña (GAAM) de la UAB y el CSIC para presentar una breve reflexión teórica sobre un aspecto que, a nuestro entender, es central en nuestra disciplina. La arqueología, en cuanto ciencia social, aborda una existencia humana colectiva que ocurre tanto en el tiempo como en el espacio. Por diversos motivos, la arqueología en áreas de alta montaña ha sido especialmente proclive a incorporar elementos metodológicos para tratar con el espacio también como instancia social. Quizás está llegando el momento para empezar a evaluar los puntos fuertes de estas propuestas y tratar de identificar aquellas

\* Este trabajo se ha realizado en el marco de numerosos proyectos de investigación, de los cuales los más recientes son: *PID2020-115205GB-I00 Las primeras comunidades agropastorales de la vertiente sur del Pirineo central: economía y paisaje (5600-4500 calANE)*, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (MICINN), y *CLT17/2022 – 122 Arqueologia del pastoralisme i l'agricultura prehistòrica al Pirineu Occidental*, financiado por el Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, así como de numerosos encargos realizados por el Parc Nacional d'Aigüestortes i Estany de Sant Maurici. Tampoco habría sido posible sin la participación de la larga lista de personas que han colaborado en los trabajos de campo desde el año 2021.

1. Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Prehistòria. ermengol.gassiot@uab.cat; guillem.salvador@uab.cat; laura.obea@uab.cat; saradiaz1992@gmail.com; david.anton79@gmail.com
2. Instituto de Ciencias del Patrimonio (INCIPIT), CSIC. david.garcia-casas@incipit.csic.es
3. Archaeology of Social Dynamics. CSIC – Institución Milá y Fontanals de Estudios en Humanidades. ignacio@imf.csic.es
4. University of Pisa. Department of Civilizations and Forms of Knowledge. niccolo.mazzucco@unipi.it

cuestiones que merecen mayor atención. En la parte final del artículo ilustramos, con un caso empírico, la pertinencia de la reflexión teórica planteada.

**Palabras clave:** arqueología espacial; arqueología del paisaje; arqueología de la alta montaña; Pirineos; Mesolítico; Neolítico

**Abstract.** *From territory to settlement and from settlement to territory: Archaeological research in mountain and high mountain areas in the central Pyrenees*

Although new to our discipline, the archaeology of high mountain areas is steadily growing, generating empirical studies and procedures that often define it. Aside from the diversity of research teams and programs, certain aspects tend to recur. One is a certain interest in long-term sequences. Another is a wide spatial perspective, extending far beyond the limits of the settlement. This interest in the territory or landscape, which is sometimes the real object of study, results in changes in the methodological design of the research. In this paper we intend to bring together almost 20 years of experience of the High Mountain Archaeology Group (GAAM) of the UAB and CSIC to present a brief theoretical reflection on an area that we believe is central to our discipline. Archaeology as a social science deals with a collective human existence that occurs both in time and space. For various reasons, archaeology in high mountain areas has been especially open to incorporating methodological elements to deal with space as a social instance too. Perhaps the time has come to begin to evaluate the strengths of these proposals and to try to identify those issues that deserve more attention. In the final part of the article, we use an empirical example to briefly illustrate the relevance of the theoretical reflection proposed.

**Keywords:** spatial archaeology; landscape archaeology; high mountain archaeology; Pyrenees; Mesolithic; Neolithic

GASSIOT BALLBÈ, Ermengol et al. (2023). «Del territorio al asentamiento y del asentamiento al territorio: la investigación arqueológica en áreas de montaña y alta montaña en el Pirineo central». *Treballs d'Arqueologia*, 26, 17-41. DOI: 10.5565/rev/tda.131

## 1. Introducción

Los espacios de alta montaña son un ámbito de estudio muy reciente en la arqueología. En realidad, su interés académico ha llegado tarde a nuestra disciplina. Durante gran parte del siglo xx el desarrollo de la arqueología ha llenado de información muchas lagunas sobre el pasado de diversas áreas geográficas. Sin embargo, en general las zonas de alta montaña han quedado alejadas de este proceso y han mantenido en gran medida

las nieblas sobre su historia. Este hecho, en gran parte, ha sido un efecto de la visión que, desde el mundo urbano, donde se han construido y consolidado los centros académicos, se tiene de las zonas de alta montaña como espacios esencialmente naturales. Un síntoma de ello lo encontramos en el Estado español, con la creación de los primeros parques nacionales en 1918 en dos de las principales cordilleras de la Península Ibérica: la Cordillera Cantábrica y los Pirineos. Otro, en la aparición de un turismo en las zonas de

montaña, inicialmente minoritario y vinculado al alpinismo y a las curas de salud, al descanso y a los balnearios y, más recientemente, a los deportes de aventuras y al esquí. Con la salvedad de algunas épocas históricas concretas, fundamentalmente al inicio del feudalismo, en muchas ocasiones las montañas han sido conceptualizadas desde el gran público como lugares alejados de la civilización humana y, por defecto, naturales. En gran medida, la arqueología ha sido prisionera de este paradigma.

Desde hace poco más de 20 años este panorama ha empezado a modificarse. Diversos factores y circunstancias han motivado el cambio. Por una parte, a partir de la década de 1970 y, sobre todo, de 1980, en la arqueología se consolida un interés por el espacio más allá de los lugares que tradicionalmente concentraban gran parte de los focos de arqueólogos y arqueólogas: los yacimientos arqueológicos (por ejemplo, Vita-Finzi y Higgs, 1970; Jarman et al., 1972; Binford, 1982; Hodder y Orton, 1990). La atención por el contexto de los asentamientos humanos, primero por las estructuras físicas y después por las ideológicas que definían sus entornos, por las relaciones entre los lugares, sus usos y las circulaciones entre ellos..., se inició una arqueología espacial que pronto adoptaría, en muchos casos, el término *arqueología del paisaje* (Anschuetz, 2001; Criado, 1999; David y Thomas, 2008; Johnson, 2012; Parceró, 2002; Tilley, 1994; Ucko y Layton, 1999). En un primer momento, estas nuevas formas de la arqueología miraron poco hacia las montañas y cuando lo hicieron fue buscando en ellas barreras o fronteras «naturales», es decir, para delimitar realidades arqueológicas de otras áreas geográficas. Con todo, la consolida-

ción de una mirada hacia el espacio, el territorio o el paisaje —términos diversos cuyas implicaciones teóricas específicas se abordan más adelante— dotó a la arqueología de nuevos intereses, categorías de análisis y metodologías, que han acabado vertebrando el actual desarrollo de diversas arqueologías en áreas de montaña y, especialmente, de alta montaña. Aunque sus protagonistas hayan sido otros investigadores e investigadoras.

Por otra parte, la concurrencia de diversas circunstancias ha alimentado directamente un creciente interés hacia las áreas de alta montaña. Una de ellas ha sido el hallazgo del cuerpo congelado de Ötzi en un glaciar del Tirol por encima de los 3.000 metros de altitud. Aunque inicialmente se buscaron razones extraordinarias para justificar su presencia en ese sitio, pronto fue evidente que su sofisticado equipo estaba pensado precisamente para desplazarse por ese tipo de lugares. El hecho de que fuera atacado muy cerca de donde murió reforzó también el reconocimiento de que la alta montaña quizás se frecuentaba más de lo que nos imaginábamos hace ya unos 5.300 años. Estudios puntuales hasta entonces situados en los márgenes de la arqueología académica empezaron a ser cada vez menos marginales. En paralelo, el estudio de algunas construcciones pastoriles, que en un inicio surgían de la etnografía o, en todo caso, de la historia de épocas muy recientes, puso en evidencia que algunas de ellas tenían antigüedades muy superiores a las imaginadas inicialmente (Rendu, 2003). En definitiva, nos indicaron que en las montañas existen una gran cantidad de restos de construcciones y que es posible ordenarlas en el tiempo y reconstruir con ellas las secuencias cambiantes de ocupación del territorio.

Entre otras, esta amalgama de circunstancias ha estimulado un número creciente de propuestas de investigación arqueológica en áreas de alta montaña a lo largo de las dos últimas décadas. Para los Pirineos, por ejemplo: Clemente et al. (2020), García Casas (2018), Gassiot (2016), Gragson et al. (2015), Le Couédic (2010), Montes et al. (2019), Palet et al. (2019), Rendu (2003), Rendu et al. (2016). Como en otros ámbitos, la diversidad teórica de la arqueología desarrollada en áreas de alta montaña es notable y revierte en diferentes intereses, tanto cronológicos como en la definición de los objetos de estudio. Sin embargo, por debajo de esta diversidad hay algunos aspectos que aparecen con cierta recurrencia en la arqueología de alta montaña y que, en cierta medida, le otorgan un carácter distintivo con respecto a otras arqueologías realizadas en otros ámbitos geográficos. El primero es una cierta flexibilización de los cánones temporales que, a modo de períodos, siguen estructurando la investigación en arqueología y que se plasma por un interés notable hacia las secuencias temporales amplias, en ocasiones directamente hacia una *longue durée* braudeliana. Otro, es una mirada más allá de los límites del yacimiento o, si se quiere, del asentamiento. Evidentemente, toda la arqueología necesita levantar la vista del suelo para otear el alrededor. En la arqueología de alta montaña muchas veces esta mirada ocupa un lugar central.

En el presente artículo pretendemos esbozar una reflexión teórico-metodológica sobre este segundo aspecto y contextualizarla con resultados concretos de nuestro trabajo. Lo haremos desde la experiencia propia, a modo de una pequeña pausa en el recorrido que muchas veces las exigencias del día a día de la investigación dificulta mucho poder hacer.

## 2. El territorio o el paisaje como objeto de estudio

Frecuentemente se define el espacio como el objeto de estudio de la arqueología de la alta montaña (Gassiot et al., 2020a; Le Couédic et al., 2019; Palet et al., 2017). En la arqueología de muchas áreas de alta montaña se fija la atención en un territorio o en un paisaje más o menos amplio. Se procede de forma análoga a cómo en otras ocasiones se sitúa el yacimiento en el centro de interés, integrando en su estudio y representación sus sucesivas fases de ocupación. Un territorio o un paisaje que, como el yacimiento o el sitio, se nos presenta como el resultado de un palimpsesto de ocupaciones humanas que lo modelan y lo modifican a lo largo del tiempo.

A priori, podría parecer que la diferencia entre los énfasis responde a una cuestión de escala: en las zonas de alta montaña la arqueología presta más atención a un espacio macro, dada la escasez de los yacimientos arqueológicos y la parquedad de las evidencias que contienen. Aunque en un plano estrictamente metodológico esta afirmación podría ser válida (volveremos sobre ello más adelante), desde una perspectiva teórica y en sus implicaciones en el análisis es rotundamente falsa. En la arqueología tradicional el término *yacimiento* es un espacio acotado, ya sea por elementos físicos, como las paredes de una cavidad, elementos constructivos o un simple decrecimiento en la densidad de materiales arqueológicos; ya sea por criterios administrativos, como la parcelación actual del terreno. Las categorías *territorio* y *paisaje* también prefiguran un espacio formado por determinadas entidades que guardan distintos tipos de relaciones de distancia entre ellas (Ber-

trand, 2001; Gassiot, 2023). Sin embargo, y a diferencia del primer caso, consideran que este espacio se constituye socialmente, por medio de las prácticas llevadas a cabo por un determinado grupo humano, o como una suma de percepciones de las experiencias vividas por sus integrantes, según el paradigma teórico que se siga.

Salvando las diferentes concepciones teóricas en el uso de las categorías *territorio y paisaje* (Bertrand, 2001; Criado, 1999; David y Thomas, 2008; Gassiot, 2023; Johnson, 2012), su centralidad en la arqueología de la alta montaña radica precisamente en que remiten a un espacio social que en este caso tiene un alcance geográfico mucho mayor al del yacimiento. Centrando el interés en este espacio, la arqueología del paisaje o del territorio identifica los procesos sociales e históricos que lo conforman como su objeto de estudio. Todas las poblaciones humanas a lo largo de la historia existen en un espacio que alteran, modelan e integran a su propio devenir (Bertrand y Bertrand, 2002; Santos, 2000). Este espacio es a su vez un producto de una serie de factores físicos, geomorfológicos, climáticos, ecológicos, etc., que se desarrollan a lo largo del tiempo, también en el espacio. Junto con la acción humana, la concurrencia de estos factores en el presente y en el pasado definen las condiciones de la existencia de toda sociedad. Si el geosistema designa el espacio en términos de relaciones físicas, el territorio identifica el espacio socialmente construido y reconstruido mediante un conjunto de prácticas sociales que tienen lugar en él a lo largo del tiempo. Por *paisaje* entendemos la apropiación social e ideológica de este espacio por parte de las personas que lo viven y lo construyen. Al analizar el territorio, la arqueología otorga preminencia a los facto-

res materiales de la construcción de un espacio social, como son las actividades productivas y reproductivas, la circulación de bienes y personas, las formas de asentamiento y de organización social, etc. La observación del paisaje, en cambio, confiere centralidad en el análisis a aspectos relacionados con la percepción subjetiva y a su apropiación y recreación ideológica.

Abordando el espacio como un objeto de estudio, las arqueologías de la alta montaña reconocen en gran medida este aspecto. Una parte del esfuerzo de investigación se destina a caracterizar este espacio social, ya sea en términos de territorio o de paisaje. El recurso metodológico empleado ampliamente para resolver este aspecto son las prospecciones arqueológicas (Gassiot, 2016; Gassiot et al., 2016; Palet et al., 2017; Le Couédic, 2010; Rendu, 2003; Rendu et al., 2016). En este contexto, la prospección de superficie se configura como una metodología arqueológica de primer orden. Va más allá de su empleo en numerosos ámbitos de la arqueología como, básicamente, una fuente para localizar un «buen» yacimiento en el que concentrar los esfuerzos futuros de la investigación; de modo que se planifica con la finalidad de obtener la información que permita realizar una aproximación a los territorios y paisajes prehistóricos.

En cierta medida, reproduce a una escala físicamente mucho mayor los procedimientos de identificación y registro de una excavación en extensión. Mediante diversas técnicas como el peinado de una superficie con transectos, el análisis de fotografía aérea, de LIDAR y de otros sistemas de detección remota, se intentan localizar entidades informativas de las prácticas sociales pretéritas. Estas entidades en gran medida constituyen elemen-

tos arqueológicos en el sentido habitual: restos de construcciones, elementos funerarios, señalizaciones, petroglifos, carboneras, rasas y pozos mineros, artefactos arqueológicos, etc. Sin embargo, a menudo también se reconocen entidades del medio físico, que en algunos planteamientos teóricos se asimila al geosistema (Bertrand, 2001; Gassiot, 2023), como componentes de ese territorio o paisaje que se trata de conocer y representar arqueológicamente. La presencia de pastos o la ausencia de bosque en determinados lugares, el predominio o la ausencia de determinadas especies en un área forestal, abetos con indicios de fuego en su base o trazas de descortezado en algunos árboles, en muchas ocasiones ilustran actividades humanas con una amplitud temporal variable, según el caso.

El reconocimiento de este aspecto constituye, a su vez, el nudo que articula las colaboraciones con disciplinas del ámbito de la paleoecología y la geografía histórica, habituales en numerosos proyectos de arqueología de alta montaña. La caracterización del medio físico o geosistema, por una parte, contribuye a resolver la necesidad arqueológica de definir las condiciones de existencia de las poblaciones pretéritas. A su vez, informa también de las características de esas poblaciones en la medida en que, a través de las trazas que estas dejaron en el medio, nos permiten identificar y caracterizar algunas de sus actividades (aperturas de pastos, introducción de cultígenos, formas de explotación forestal, etc.), así como esbozar sus consecuencias en el entorno. Consecuencias que no necesariamente fueron evidentes para quienes las generaron, pero que prefiguraron las condiciones sobre las que existieron las poblaciones que les siguieron en el tiempo.

A diferencia de una excavación, donde el contexto físico de los objetos que se registran arqueológicamente aparece siguiendo una sucesión estratigráfica, en las prospecciones de superficie estos elementos se nos presentan en primera instancia mezclados en un palimpsesto. En el marco de estas colaboraciones multidisciplinarias, los cambios del geosistema a lo largo del tiempo se han podido definir con mayor precisión mediante técnicas de análisis de registros sedimentarios diversos del subsuelo. La extracción de columnas de sedimento de contextos lacustres y en turberas, así como la realización de sondeos al aire libre, han contribuido a resolver el problema del palimpsesto, a profundizar en la caracterización de los geosistemas pretéritos y a fijar más sólidamente su temporalidad. En nuestro caso, estas aproximaciones se han llevado a cabo en el marco de proyectos multidisciplinarios (Catalán et al., 2013 y 2019), en ocasiones coordinados desde la arqueología (Gassiot et al., 2014) e, incluso, directamente como actuaciones estrictamente arqueológicas (Rodríguez Antón, 2020).

La inferencia paleoambiental contribuye a realizar la representación del contexto en el que se insertan las diferentes entidades identificadas arqueológicamente, siguiendo el símil de una excavación arqueológica, de forma análoga a como una unidad estratigráfica aporta contexto a los objetos muebles recuperados. No obstante, la definición plena del espacio social para un determinado momento temporal se completa precisamente mediante la identificación, la situación precisa y la caracterización de entidades arqueológicas (desde los objetos hasta los asentamientos y elementos equivalentes) (Gassiot, 2023). En este nivel, la prospec-

ción arqueológica es el eje de la reconstrucción de los territorios y de los paisajes arqueológicos, como mínimo en una primera fase de la investigación. Para empezar, es la base para refutar la premisa de que las áreas de montaña son espacios vacíos en términos arqueológicos, hecho que constituye el punto de partida necesario para toda propuesta de investigación. Posteriormente, permite identificar una gama muy amplia de entidades constitutivas de este espacio social y obtener su primera caracterización. También facilita establecer entre ellas medidas de distancia, de proximidad y de lejanía que proporcionarán argumentos para calificar las relaciones de asociación y disociación entre las mismas. En definitiva, completa la definición de los contextos de los diferentes fenómenos arqueológicos, hecho que implica dotar de contenido los territorios o los paisajes arqueológicos concretos.

El desarrollo de la cartografía digital y de los sistemas de geobases de datos de las últimas décadas proporciona recursos técnicos y metodológicos de gran utilidad para la aprehensión y la representación del espacio (Conolly y Lake, 2009). Al permitir operar con diferentes capas de información y a diferentes escalas geográficas, favorecen la integración de registros diversos con el fin de representar un territorio o un paisaje dado. La información que conforma estas geobases de datos es tanto discreta como continua. Ejemplo de la primera clase son entidades como los objetos arqueológicos muebles y cualquier conjunto de información para el que se asigna una ubicación espacial particular y puntual. En este sentido, los asentamientos son entidades discretas al situarse en un lugar específico y generar una discontinuidad con su espacio externo. La información continua representa

un espacio sin interrupciones cuyas cualidades van variando progresivamente y sin interrupciones, como, por ejemplo, un mapa de los tiempos de desplazamiento desde un punto, de temperaturas, de productividad del suelo, de elevaciones, etc. En arqueología nos interesa combinar ambas, puesto que, por una parte, la actividad humana en el espacio es continua, pero, por otra, los registros arqueológicos tradicionales, yacimiento y artefacto, son por definición entidades discretas.

Alcanzado este punto, merece la pena detenerse brevemente en el término *yacimiento*, tan utilizado en la arqueología peninsular y francesa, generalmente con escasa reflexión detrás. Como tal, la palabra identifica de forma más o menos amplia un lugar con un determinado volumen de materiales arqueológicos, sean estos muebles, inmuebles o de ambos tipos. Sin entrar a valorar hasta qué punto es un término con un correlato empírico preciso, la palabra *yacimiento* remite más o menos a un lugar que contiene actividades sociales fosilizadas, sin entrar a calificar estas actividades. Es decir, el tipo de acción humana que motiva su reconocimiento está implícita en la forma en cómo se identifica. Este hecho implica también que la delimitación del yacimiento, en cuanto a una entidad que ocupa un espacio geográfico, sea una tarea compleja y muy poco precisa (Carrer et al., 2015; Gassiot et al., 2016; Gassiot, 2023; Laurent et al., 2019; Le Coëudic, 2010; Le Couëdic et al., 2016).

Una alternativa es emplear el término *sitio*, siguiendo las arqueologías anglosajona y latinoamericana. En este caso, la categoría designa estrictamente un lugar donde hay un cierto volumen de restos arqueológicos, dejando de lado la caracterización morfológica y funcional de la



evidencia. Su uso puede resolver algunas ambigüedades, especialmente al simplificar la inferencia y referir únicamente al lugar, y resuelve en una primera instancia la necesidad de ordenar empíricamente una información de superficie. Mantiene, sin embargo, la necesidad de clarificar los criterios para distinguir un sitio de un hallazgo puntual de un objeto arqueológico o, a otro nivel, de aquellas alteraciones en el medio (por ejemplo, en la vegetación) que también constituyen trazas materiales de una actividad humana, pero que escapan de ser consideradas arqueológicas.

Sin embargo, el estudio del territorio y del paisaje pretérito requiere de poder caracterizar las entidades que lo conforman. Es decir, aquellos elementos que conforman un espacio y que pueden individualizarse asignándoles una ubicación, unos límites y una extensión y unas características específicas. Los elementos arqueológicos son uno de los muchos tipos de entidades que configuran un espacio. Esta necesidad de caracterización nos exige un esfuerzo de análisis tanto de sitios como de objetos, actividades que conforman el núcleo tradicional de la arqueología. Completaremos la reflexión teórica de este trabajo centrándonos en la primera. Las excavaciones arqueológicas constituyen la herramienta principal para completar la producción de información en la arqueología de campo una vez efectuada una prospección. Si el estudio de un asentamiento, por poner un ejemplo, sin el análisis del territorio en el que se inserta, deja lagunas por resolver, a la inversa ocurre lo mismo. Para solucionar la ambigüedad de la identificación y situación de una serie de sitios en un espacio es preciso emprender su caracterización, definir sus rasgos morfológicos, tratar de inferir su funcionalidad, situarlos en el tiempo, etc.

Con ello, se consigue pasar del sitio al lugar de habitación, o del sitio a la necrópolis, o al cercado para estabular ganado o al taller metalúrgico. Es decir, se identifican las actividades humanas que motivaron su existencia y, con ello, se transfiere la simple representación de un espacio salpicado de puntos (sitios) a la recreación de un territorio o paisaje arqueológico.

Es habitual que la arqueología del paisaje revalorice el uso de la prospección de superficie para generar datos arqueológicos. Como hemos mencionado, en la arqueología de áreas de alta montaña, a menudo, esta actividad es estrictamente indispensable como punto de partida de la investigación, puesto que en muchas ocasiones se parte de una total ausencia de información arqueológica previa. Sin embargo, la prospección requiere de acciones complementarias para ampliar el volumen de información generada, como la excavación arqueológica. Es evidente que la limitación de tiempo y recursos, así como las condiciones de acceso a los sitios, condiciona el volumen y las características de las excavaciones arqueológicas en áreas de alta montaña. En general, los diferentes equipos efectuamos pequeños sondeos en algunos de los sitios documentados con el fin de confirmar la existencia de niveles arqueológicos en el subsuelo, caracterizar las secuencias, fecharlas, obtener materiales diagnósticos, evaluar el volumen de sedimentación de muros y derrumbes, etc. (Gassiot et al., 2016; Le Couédic et al., 2019; Palet et al., 2017). Con ellos alimentamos unas primeras capas de información de la cartografía que constituirá la primera base para la representación de los territorios objeto de estudio. Su activo más evidente es la información cronológica, en gran medida dependiente de las datacio-



nes de muestras obtenidas en este tipo de intervenciones.

Obtenida esta información, es una tentación limitar a este tipo de intervenciones las acciones para dotar de contenido la información sobre sitios arqueológicos; es decir, tratar de reconocer su sentido como entidades arqueológicas. Desde nuestro punto de vista, la reconstrucción de los territorios pretéritos desde la arqueología requiere también de la excavación en extensión de los sitios arqueológicos, con el consiguiente estudio de sus materiales. Es cierto que se trata de actividades exigentes de tiempo, personas y recursos, pero es igualmente una realidad que la excavación en extensión de un contexto arqueológico permite afinar mucho más en su caracterización, captar sus diferentes matices y evaluar su variabilidad temporal. Así, la identificación de un determinado sitio como un asentamiento ganadero cobra mucha más solidez si esta se basa en datos procedentes de excavaciones en extensión y no solo de registros de superficie complementados, a lo sumo, con algún sondeo. Evidentemente, en la actualidad es impensable, y seguramente nada aconsejable, abordar la excavación en extensión de todos los yacimientos de una determinada área de alta montaña. Sin embargo, la excavación en extensión de algunos de ellos aporta información de gran valor. Por una parte, incorpora elementos adicionales al simple lugar donde se emplazan los restos arqueológicos (cercanía o no a zonas de pastos o pasos de montaña, prominencia topográfica, etc.), para asignarle una significación histórica. Por otra parte, muestra la complejidad de estos procesos de significación, hecho que sirve para ponderar el alcance y las limitaciones de las inferencias derivadas exclusivamente de datos de superficie.

### **3. La identificación arqueológica de territorios ganaderos de alta montaña en el Parque Nacional de Aigüestortes y Estany de Sant Maurici**

La investigación arqueológica en el Parque Nacional de Aigüestortes y Estany de Sant Maurici (PNAESM) ejemplifica la puesta en práctica de la reflexión teórica precedente (Gassiot, 2016; Gassiot et al., 2014). El PNAESM abarca una superficie de casi 40.000 hectáreas, situadas en el extremo oriental del batolito granítico de la Maladeta, en el Pirineo central. Se trata de un área con un relieve muy abrupto y rocoso, salpicada por más de 200 lagos de origen glaciar, con altitudes que oscilan entre los 1.500 y los 3.000 metros. Entre los años 2004 y 2012 se realizaron diversas campañas de prospección arqueológica a lo largo de su superficie, promovidas inicialmente desde la propia administración del PNAESM y, posteriormente, insertas también en diversos proyectos de investigación. Desde el punto de vista administrativo, su finalidad era la realización de una carta arqueológica del Parque Nacional. A nivel científico, estas actuaciones se concibieron como el punto de partida de un programa de estudio diacrónico de los procesos de poblamiento de la alta montaña capaz de evaluar la incidencia de este medio, aparentemente riguroso, en las poblaciones que lo protagonizaron y, al mismo tiempo, documentar su impacto ecológico. En el plano empírico, las prospecciones validarían la premisa de que la ausencia de registro arqueológico en la zona respondía a un déficit de investigación y no a una nula o muy escasa presencia humana. A su vez habían de producir un primer registro de lugares con elementos arqueológicos

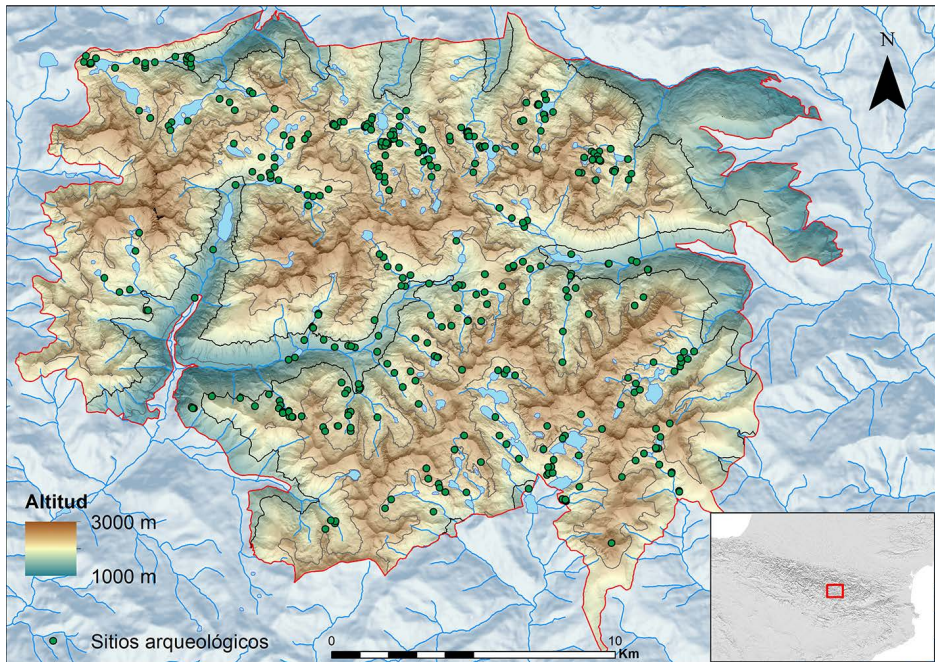
(Gassiot et al., 2016). En el plano analítico se esperaba obtener las primeras representaciones de lo que se asumía que durante gran parte del Holoceno habían sido territorios esencialmente ganaderos en el PNAESM.

Las prospecciones consistieron principalmente en el barrido sistemático y extensivo de la superficie, mediante transectos de la mayoría de las cuencas que definen el área del Parque. Se recorrieron diversos tipos de superficies: pastos, zonas boscosas, canchales, crestas, puertos..., excluyendo aquellas áreas cuyo acceso requería escalar y zonas geológicamente dinámicas y de formación reciente, como barrancos y conos de deyección. Con el tiempo, se valoró que la prospección de zonas con mucha pendiente, en gran medida las laderas de valles en forma de U cubiertas de bosque, era muy poco productiva, tanto por el gradiente del terreno como por la escasa visibilidad del suelo, y tendieron a dejarse de lado. El uso de la fotografía aérea complementó el trabajo de superficie, principalmente orientando la prospección a algunos lugares. Sin embargo, se comprobó que una parte considerable de los vestigios localizados pasaban desapercibidos en este tipo de imágenes. Finalmente, en los últimos años, los mapas LIDAR han sido incorporados como herramienta de documentación.

Como resultado, se han registrado un total de 378 puntos con restos arqueológicos (figura 1). Sus características son diversas (García Casas, 2018; Gassiot, 2016). La mayoría, cerca del 71,7%, consisten en restos de arquitectura visibles en superficie, ya sea por la pervivencia de muros de piedra seca, de su derrumbe o por alteraciones en el microrrelieve (figura 2). Su tipología es variada (García y

Gassiot, 2022): recintos aislados, como posibles cabañas y cercados; conjuntos formados por distintos recintos, en ocasiones, una o varias cabañas y diversos cercados; un tipo de muros denominado «paso contador» en los registros etnográficos y pequeños abrigos con diversos cercados asociados. La segunda categoría, en términos de frecuencia, son las pequeñas cavidades, con un 21,4% de los casos. El PNAESM es un área esencialmente granítica y secundariamente de esquistos. En este contexto geomorfológico, las cuevas son muy escasas y se forman ya sea aprovechando pequeñas fallas y diaclasas o por erosión glaciar. La mayoría de las cavidades con niveles arqueológicos constituyen pequeños abrigos formados en la base de uno o diversos bloques erráticos. Complementan el conjunto elementos mucho menos frecuentes: grabados rupestres, círculos de piedra, carboneras, restos de minas, hornos metalúrgicos y hallazgos de materiales en superficie. Entre estos últimos, destaca la recuperación de láminas de sílex en una zona de cresta entre 2.650 y 2.730 metros de altitud y la localización de 5 depósitos con recipientes de cerámica del II Milenio cal ANE en áreas de canchal o de acumulación de bloques.

La altitud promedio de los sitios con vestigios arqueológicos es prácticamente de 2.250 metros (Gassiot, 2016). De hecho, un 50% de ellos se localiza entre 2.170 metros y 2.380 m s. n. m. Hay una clara sobrerrepresentación de sitios en relación con el porcentaje de superficie comprendida en la franja de 2.200 a 2.400 metros de altitud. Por encima y por debajo de esta altitud el volumen de registros arqueológicos desciende progresivamente. Por la franja alta, puntualmente se han localizado restos constructivos por



**Figura 1.** Mapa de puntos que han proporcionado elementos arqueológicos en el Parque Nacional d'Aigüestortes i Estany de Sant Maurici. En negro se muestran las isocotas de 2.000 metros y 3.000 metros, y en gris, de 1.500 y 2.500 metros de altitud. Para su realización se ha empleado el Modelo Digital de Elevaciones de 5 x 5 metros del Institut Cartogràfic i Geològic de Catalunya. La hidrografía se ha derivado del EU-Hydro – River Network Database, Versión 1.3 del Copernicus Land Monitoring Service, de la European Environment Agency (EEA).

encima de la cota 2.800. En general, los diferentes tipos de vestigios arqueológicos se comportan altitudinalmente de forma similar. Los lugares vinculados al asentamiento humano y de ganado reproducen claramente el patrón mayoritario que, por otro lado, se corresponde con el límite superior del bosque actual y las zonas poco pendientes de las bases de muchos circos. En cambio, algunos restos menos frecuentes muestran comportamientos diferentes. Los círculos de piedras y los restos líticos en superficie se localizan en cotas superiores, mientras que la altitud media de las carboneras se sitúa por debajo de

los 2.000 metros, y únicamente en un caso supera los 2.100 metros.

Las zonas de pasto y herbazal, que representan prácticamente el 30% de la superficie del PNAESM, concentran el 61,6% de los sitios registrados (Gassiot, 2016). Esta predilección por las praderas se acentúa claramente en los asentamientos con una evidente orientación ganadera, por la presencia de diversos cercados y cabañas, ya que más del 72% se localizan en zonas actuales de pastos y herbazales. Cerca del 20% de los sitios se ubican en áreas de canchal y roquedos. Aunque este tipo de cubierta representa casi el 30% de





**Figura 2.** Ejemplos de distintos tipos de evidencias arqueológicas documentadas en el PNAESM. Leyenda: *a)* Cercado aislado en el valle de Peguera; *b)* Uno de los conjuntos arquitectónicos de mayores dimensiones del PNAESM, localizado a 2.225 metros de altitud y abandonado a mediados del siglo XIII cal ANE, el Despoblat de Casanoves / Casesnoves; *c)* Posible túmulo funerario en el valle de Llacs, a 2.250 metros de altitud; *d)* Abrigo de Les Obagues de Ratera, a 2.320 metros de altitud, durante su excavación.

la superficie del PNAESM, esta cifra pone en evidencia su interés en términos arqueológicos. En esta ocasión, todos los depósitos de cerámica se emplazan en áreas de roquedal. Por otro lado, cerca del 80% de los sitios localizados en canchales y roquedos se sitúan a menos de 30 metros de un área de pasto, porcentaje que asciende a la práctica totalidad en los asentamientos asociados a la ganadería. Este hecho puede responder a la voluntad de no restar superficie de pasto al ganado y, a su vez, de facilitar un acceso más directo a la materia prima empleada en las construcciones.

Los restos arqueológicos documentados tienden a estar cerca del agua. Concretamente, el 75% de ellos se localizan a menos de 155 metros de algún arroyo, fuente o lago. Aquí los comportamientos también varían en función del tipo de vestigio. Mientras los círculos de piedra se localizan a una media de unos 906 metros del agua, con un rango de entre 204 y 1.364 metros, la de los asentamientos formados por diversos cercados y alguna cabaña no llega a los 120 metros. De hecho, el 75% de los asentamientos caracterizados como conjuntos ganaderos distan menos de 151 metros del agua.

En definitiva, una parte mayoritaria de las evidencias arqueológicas documentadas mediante prospección arqueológica en el PNAESM definen un territorio orientado hacia la explotación ganadera. Más de la mitad de los sitios registrados contienen evidencias que permiten relacionarlos con esta actividad, principalmente por la presencia de estructuras de estabulación. Los asentamientos no disminuyen progresivamente a medida que aumenta la altura, como se podría prever desde una perspectiva urbanita, sino que tienden a situarse ligeramente por encima de los bosques actuales. A su vez, se localizan mayoritariamente en áreas de pasto actuales o en sus inmediaciones y muy cerca de fuentes de agua. Hierba y agua son los dos factores clave para el mantenimiento de rebaños, y una buena parte de los contextos arqueológicos localizados se asocian claramente con ellos, especialmente aquellos cuyos rasgos morfológicos prefiguran la existencia de estructuras que sugieren la estabulación de ganado.

A este nivel, el PNAESM se nos presenta arqueológicamente como un territorio en gran medida ganadero en el que algunos vestigios presentan un comportamiento específico, tanto por sus características formales como por sus ubicaciones. Esta primera visión, no obstante, es producto de un palimpsesto: la diacronía se nos diluye en un conjunto de asentamientos ganaderos que comparten espacios. Este problema se ha tratado de resolver, con los recursos disponibles, mediante la datación del máximo número de sitios. De esta forma, se ha obtenido una serie de 110 dataciones AMS procedentes de 42 sitios diferentes, todos ellos asimilados a lugares de asentamiento. De estas, 55 proceden de 44 sondeos

efectuados en 41 de dichos asentamientos. El resto procede de excavaciones en extensión, destacando tres de ellas por la secuencia obtenida: Cova del Sardo, Abric de Les Obagues de Ratera y Abric del Portarró (Gassiot, 2016; Gassiot et al., 2020b). Todo ello convierte el conjunto de dataciones absolutas del PNAESM en el más extenso para una misma área de alta montaña del Pirineo y del resto de la Península Ibérica. Los resultados obtenidos prefiguran una secuencia cronológica con pocas interrupciones, de unos 10.000 años de duración, muy similar a la obtenida en el valle de Madriu-Perafita-Claror en Andorra por el equipo de J. M. Palet (Orengo et al., 2014; Palet et al., 2008).

El análisis de los resultados de las dataciones permite matizar el palimpsesto y empezar a esbozar algunas tendencias a lo largo del tiempo. Aunque no es el objeto de este artículo, podemos mencionarlas brevemente. Durante el Mesolítico, entre el 8000 y el 5500 cal ANE se ocupan algunos pequeños abrigos entre los 2.200 y los 2.500 metros de altitud (Gassiot et al., 2021). Los pocos contextos con cronologías del Neolítico antiguo se localizan principalmente en cotas inferiores a los 2.000 metros. A partir del IV milenio cal ANE se vuelve a documentar de forma puntual la ocupación de abrigos por encima de esta altitud, situación que se intensificará a partir del 3400/3300 cal ANE y, especialmente, del 3000 cal ANE. En esta fase final del Neolítico el número de ocupaciones en el PNAESM alcanza un máximo número de sitios, tanto en abrigos como al aire libre, que no llegará a superarse hasta la tardoantigüedad (Gassiot et al., 2014; Gassiot et al., 2017). A partir del 2400 cal ANE y durante el II y el I milenios hay un descenso acusado

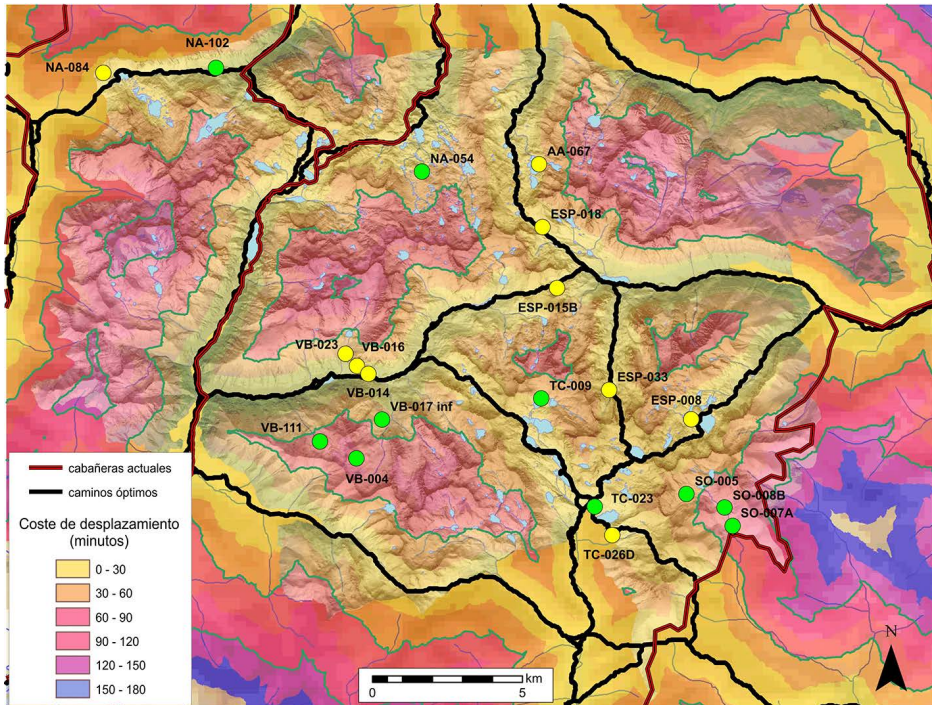
de los asentamientos fechados. En paralelo, durante la Edad de Bronce se documentan depósitos de recipientes cerámicos, generalmente, de grandes dimensiones. A finales del I milenio cal ANE empieza una lenta recuperación del número de asentamientos datados, inicialmente en contextos de abrigos. Este proceso se acelera en época bajo imperial. En este período reaparecen los asentamientos al aire libre, en ocasiones con un volumen considerable de recintos contruidos con muros de piedra seca. Esta situación tiene continuidad en la Alta Edad Media, con la ocupación de un gran número de abrigos y numerosos asentamientos al aire libre, algunos con una gran cantidad de cercados adosados e incluso en alguna ocasión con posibles muros defensivos. Tras un hiato en los siglos XIV y XV, a partir del siglo XVI y hasta la actualidad, vuelven los asentamientos con arquitectura al aire libre, que tendrán continuidad, con algunos cambios en su morfología, hasta el siglo XX (García Casas, 2018; Gassiot, 2016).

Si bien, globalmente y con matices, las evidencias arqueológicas en el PNAESM tienden a mostrar un territorio principalmente ganadero que se mantiene durante varios miles de años, el análisis desagregado de los asentamientos permite introducir variaciones entre diversas épocas. El estudio de la arquitectura revela cambios en la estructuración de los asentamientos a lo largo del tiempo, que muestran tanto diversas técnicas constructivas como distintas dimensiones y formas en la organización de los rebaños y de los grupos humanos (García Casas, 2018; Gassiot, 2016).

El análisis pormenorizado de los emplazamientos de los asentamientos y su relación con el entorno también muestra

variaciones en el territorio a lo largo del tiempo. Así, por ejemplo, la comparación de los asentamientos de entre finales del siglo XVIII e inicios del siglo XX con los del final del Neolítico, con una cronología entre el 5300 y el 4400 cal ANE, evidencia interesantes diferencias (Gassiot et al., 2020a). Sobre una muestra de 10 asentamientos con dataciones de ambos períodos, el área accesible a su alrededor dentro de unos 45 minutos de desplazamiento no presenta diferencias significativas. En cambio, la cantidad de zonas de pasto dentro de estas áreas de influencia o coste a su alrededor sí que muestra cambios relevantes: es un 50% mayor, de promedio, en los asentamientos de época contemporánea. Por otra parte, los asentamientos del Neolítico final se emplazan muy cerca de los caminos óptimos que, cruzando el PNAESM, permiten conectar diferentes pueblos de su alrededor (figura 3). De los 10 que hay, 8 se encuentran a menos de 20 minutos de una de estas rutas óptimas, y la mitad, a menos de 7 minutos. En los de época reciente, la situación es muy distinta. Únicamente 2 se localizan a menos de 30 minutos de un camino óptimo entre pueblos, mientras que 3 asentamientos están a más de 1 hora de desplazamiento.

En síntesis, las prospecciones arqueológicas permiten definir un registro arqueológico, con una primera caracterización morfológica, así como su distribución espacial. Este constituye el primer paso para inferir la configuración del territorio en una determinada área geográfica. Puede mostrar factores que fueron relevantes en la selección de los lugares donde se realizaron determinadas prácticas, como el hábitat humano, la guarda de los rebaños, la obtención de determinadas materias primas, la construcción de



**Figura 3.** Distribución de asentamientos del final del Neolítico (en amarillo) y de época contemporánea (en verde) con relación a los caminos óptimos entre núcleos de población en los alrededores del PNAESM (García, 2018; Gassiot et al., 2020a). El tiempo de desplazamiento se calcula mediante el algoritmo isotrópico de Nunes (Gassiot et al., 2020a).

elementos de control y defensa, etc. En la medida en que la presencia humana en este espacio tenga cierta continuidad, por ejemplo, en el tipo de prácticas llevadas a cabo y en los lugares escogidos para realizarlas, esta imagen general puede guardar un grado de correspondencia con los territorios específicos de las diferentes épocas históricas implicadas. Sin embargo, esa visión general corre el riesgo de desvanecer las diferencias temporales en las formas de ocupación y explotación humana de un espacio determinado. En el caso expuesto, en un contexto de una evidencia arqueológica en términos generales

compatible con un uso ganadero de amplias áreas del PNAESM, podemos observar cómo los asentamientos del final del Neolítico y los de época contemporánea presentan diferencias destacables, no solo en referencia a sus características formales, sino también a su distribución espacial en relación con aspectos que presumimos relevantes, como son el acceso a la hierba y a las vías de circulación. En consecuencia, la aproximación que facilitan los registros derivados de las prospecciones arqueológicas requiere de un análisis más profundo para resolver el palimpsesto implícito en ellos.



#### 4. Excavaciones arqueológicas y caracterización de territorios arqueológicos del PNAESM

El análisis del espacio en el que se sitúa un elemento arqueológico es una tarea necesaria para definir su contexto de producción y existencia. Conocer su distribución es, sin duda, un paso imprescindible para la representación de un territorio o de un paisaje arqueológico. Sin embargo, basarse exclusivamente en este tipo de información para construir nuestras representaciones del pasado entraña limitaciones y problemas. Uno de ellos deriva del hecho de que la funcionalidad de un sitio arqueológico no puede derivarse exclusivamente de su localización en un determinado espacio. Si esto fuera así, podríamos inferir, por ejemplo, que un asentamiento con diversas fases cronológicas mantiene su significado social esencialmente inalterado: las actividades que lo generaron serían siempre muy similares. Con ello correremos el riesgo de obviar el cambio y favorecer una visión estática del poblamiento humano de una determinada área geográfica. A otro nivel, nos llevaría fácilmente a la tentación de explicar un contexto arqueológico, por ejemplo, un asentamiento, a partir de su emplazamiento, y sin abordar su estudio en profundidad mediante excavaciones arqueológicas. En las próximas páginas trataremos de mostrar brevemente, a través de un caso concreto, cómo el estudio pormenorizado de los asentamientos mediante su excavación en extensión también contribuye a realizar un análisis del territorio o del paisaje desde la arqueología.

El Abric de les Obagues de Ratera (figura 2d) es una pequeña cavidad conformada en la base de un gran bloque errático de granito situado en la parte

baja de la ladera oriental del valle homónimo, a 2.320 metros de altitud (Gassiot, 2016). Se documentó durante las prospecciones del año 2005. En el sitio se veía un muro de piedra seca que lo cerraba y en su interior había restos de su uso como refugio durante el siglo xx, quizás por parte de un pastor. Un pequeño sondeo confirmó la existencia de, como mínimo, un estrato con cerámica a mano que se fechó entre los años 2880 y 2628 cal ANE. El abrigo seguía un patrón, recurrente en el PNAESM, de pequeñas cavidades con ocupaciones aparentemente puntuales del final del Neolítico y posteriormente de época histórica (Gassiot et al., 2014). Se interpretó como un lugar de refugio o de hábitat vinculado al aprovechamiento de los pastos de altura durante la época estival.

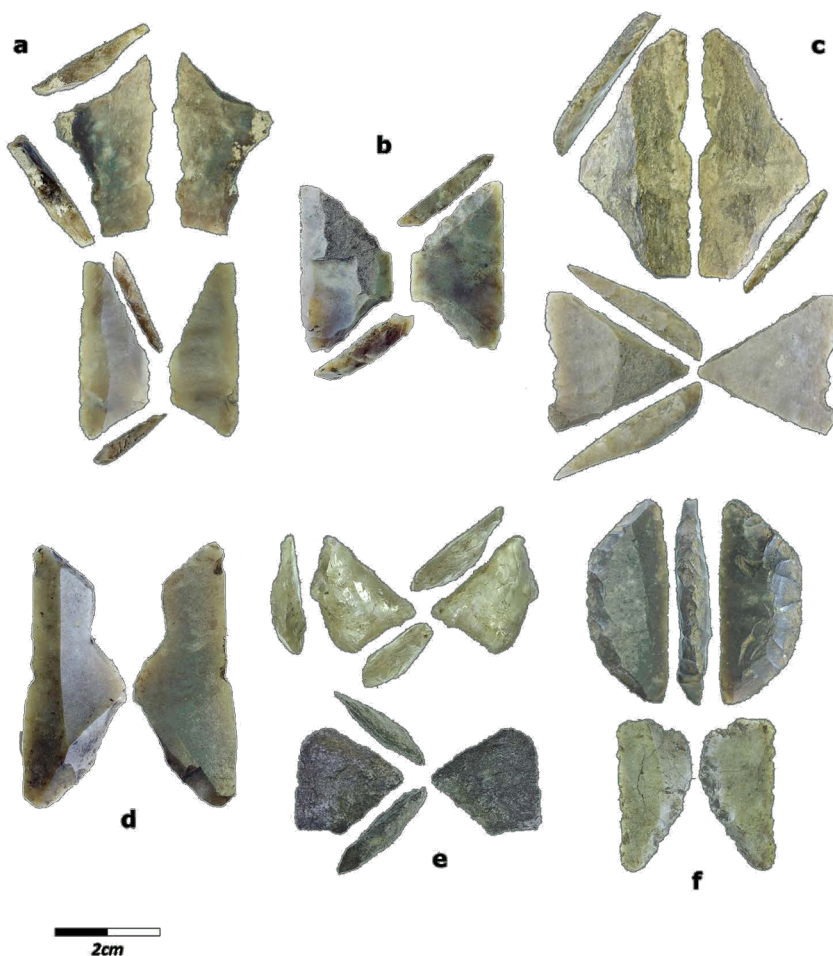
En 2015 se emprendió su excavación en extensión. La intervención, planificada para una única campaña de campo, duró tres y finalizó durante el verano de 2017. Permitted identificar un total de 13 fases distintas de ocupación del interior de la cavidad (Gassiot et al., 2020b) comprendidas entre el siglo xx y el 8000 cal ANE: 3 de época histórica y el resto de cronología prehistórica. Dentro de estas últimas, destacan dos ocupaciones mesolíticas, datadas en el 8000-7000 cal ANE y el 5730-5630 cal ANE, respectivamente, a las que les siguieron dos fases del Neolítico medio (4050-3950 cal ANE) y final (3080-2500 cal ANE). El estudio de la secuencia obtenida muestra una cierta continuidad en el espacio interior del abrigo, con diversos muros de cierre consecutivos, en general zócalos de piedra, interpretados como base de estructuras aéreas de madera, y hogares en su interior. Las variaciones en las técnicas constructivas no modificaban de forma

sustancial la estructuración general del espacio bajo la cornisa de piedra que, en las diferentes fases, se presentaba como un lugar de hábitat. El emplazamiento del abrigo, muy cerca del agua y del fondo de un valle que permite un cruce fácil a la vertiente norte de la cordillera, favorece esta funcionalidad.

El estudio detallado de los materiales permite, no obstante, afinar la explicación de sus diferentes ocupaciones. Destaca, por ejemplo, la práctica ausencia de artefactos líticos tallados en las fases del II y del I milenio cal ANE, tema que no trataremos en este artículo. Las dos fases de ocupación mesolíticas presentan diferencias claras entre sí. La más antigua responde a la frecuentación puntual de la cavidad durante el VIII milenio cal ANE. En su inicio se construyó un pequeño hogar en cubeta delimitado por lajas de granito y, posiblemente, en los siglos posteriores las áreas de combustión se localizaron en la misma área debajo de la cornisa. Los materiales asociados son escasos: carbones procedentes de los hogares y algunos restos de piezas líticas talladas. La acidez del suelo, de base granítica, limita la conservación de los materiales óseos, tanto en esta como en las otras fases de ocupación. De la ocupación del final del Mesolítico se conserva un zócalo de piedra de cierre del abrigo, un hogar y un conjunto nada desdeñable de material lítico tallado. Dentro de estos materiales destaca una considerable cantidad de objetos geométricos de tipología diversa, que en gran medida pudieron ser empleados como puntas o elementos de proyectil (figura 4). Las materias primas empleadas en este conjunto son principalmente sílex blanquecinos similares a los de la formación de Aguasalenz, de la sierra de Sant Gervàs-Sopeira, situada aproximadamen-

te a 40 kilómetros al sur, complementados con algunos materiales procedentes del valle del Ebro. Ocasionalmente, se emplearon también materiales locales como el cristal de roca para reponer algunos útiles, llegando incluso a utilizarlos para producir puntas de proyectil.

Las dos ocupaciones neolíticas también son distintas entre sí. La más antigua fue puntual y se estructuró alrededor de un hogar sobre una laja grande de granito. A su alrededor se recuperaron fragmentos de cerámica y de lítica tallada. Entre estos materiales predominan las láminas y las laminillas y se observa un descenso remarcable de las puntas de proyectil. Este hecho indica una disminución de la centralidad de la caza, que no llega a desaparecer. La presencia de algún pequeño núcleo de sílex y restos de talla señala la realización de esta actividad en el interior del abrigo. La segunda ocupación del Neolítico refleja una frecuentación sostenida del abrigo durante 5 siglos, período en el que se levanta un sistema de cierre de madera sobre un zócalo de piedras que se remodela y se reconstruye como mínimo en una ocasión. En el interior de la cavidad se suceden diversos hogares alrededor de los cuales se recuperaron nuevamente fragmentos de cerámica y lítica tallada. Entre estos últimos, sigue destacando la presencia de laminillas y láminas de sílex que, como en la fase previa, también proceden principalmente de la formación de Aguasalenz y, en menor medida, del valle del Ebro. En los estratos basales de esta fase del final del Neolítico se recuperó, en el acceso al abrigo, una punta de flecha con aletas y pedúnculo, elaborada localmente con un sílex en plaqueta de origen alóctono, posiblemente del centro de Francia. Esta punta se fracturó durante su producción, tal y como



**Figura 4.** Diversos elementos geométricos mesolíticos de la fase de ocupación del final del Mesolítico en el Abric de Les Obagues de Ratera. Leyenda: *a*) trapezoides (retoque directo abrupto); *b*) y *c*) trapezoides (retoque abrupto alternativo); *d*) triángulos (retoque directo abrupto); *e*) triángulos (retoque en doble bisel), y *f*) segmentos (retoque en doble bisel).

muestra su remontaje con algunos fragmentos de talla.

La breve exposición de las ocupaciones mesolíticas y neolíticas del Abric de Les Obagues de Ratera ilustra como, por debajo de una aparente continuidad en la ocupación del abrigo, se esconden activi-

dades distintas. Por una parte, la intensidad del asentamiento es distinta. En la fase más antigua del Mesolítico la presencia humana fue muy puntual e intermitente. En la más reciente, en cambio, se observa cómo, durante un breve período de tiempo, el abrigo se prefigura como un

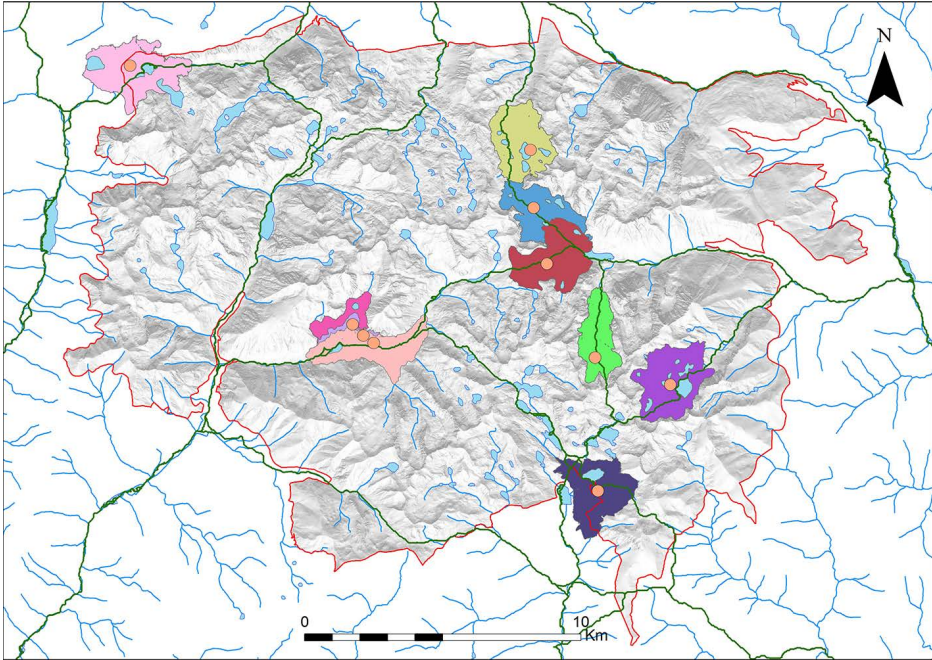
lugar fijo, para estancias que quizás duraron algunas semanas, en lo que podría ser un patrón de movilidad logística de los últimos grupos cazadores recolectores. La introducción del Neolítico en la cordillera pirenaica pudo romper esta dinámica. Las ocupaciones neolíticas de la cavidad evidencian nuevamente un uso recurrente e intenso del abrigo, con toda seguridad también durante la estación cálida. Su ocupación durante el Neolítico medio fue, no obstante, breve en el tiempo y no llegó a generar una secuencia interna. En cambio, en el final del Neolítico el abrigo fue un lugar de hábitat dentro de un patrón específico de movilidad de forma continuada durante diversos siglos. Se reproducen de nuevo las pautas observadas para este período en la excavación de asentamientos como Cova del Sardo y Abric del Portarró, situados a poco menos de 1 hora de distancia respectivamente (Gassiot, 2016; Mazzucco, 2018; Mazzucco et al., 2019).

El análisis de los materiales líticos también permite vislumbrar diferencias temporales en el uso del espacio. Durante el Mesolítico, el abrigo fue un lugar de asentamiento más o menos intenso y estable de grupos con una fuerte orientación hacia la caza. Se diferencia claramente de la Balma Margineda, una cavidad con ocupaciones de la misma época situada por debajo de los 1.000 metros de altitud en el fondo valle del río Valira, en Andorra (Guilaine y Martzluff, 1995). Allí, junto con la caza, se llevaron a cabo otras actividades de subsistencia como la pesca y la recolección de diversos recursos vegetales. En el Abric de les Obagues de Ratera, en cambio, las ocupaciones reflejan una especialización en actividades cinegéticas que convierten el abrigo en un pequeño campamento de un grupo reducido

de personas dentro de un territorio de caza de roquedo. Esta imagen contrasta con la de las ocupaciones neolíticas, donde el conjunto lítico evidencia una pérdida del peso de la caza. De hecho, materiales análogos de cronologías similares en la Cova del Sardo muestran actividades variadas, como el trabajo sobre materias animales, sobre madera y de corte de hierba (Mazzucco, 2018; Mazzucco et al., 2019). También en esa época en la Cova del Sardo los recipientes cerámicos sirvieron para cocinar carne de ovicápridos (Tarifa, 2019). Estas evidencias presentan ambos asentamientos como lugares de hábitat en lo que da la impresión de tratarse de un aprovechamiento ganadero del espacio. Los registros paleoecológicos parecen confirmar este aspecto al documentar quemas intencionales del bosque y un primer incremento de las áreas de pasto, más allá de las inmediaciones de los asentamientos.

Finalmente, queremos mencionar otro dato que llama la atención. La punta de flecha efectuada sobre sílex de plaqueta situada en el Abric de Les Obagues de Ratera presenta la misma cronología que otra punta, en este caso foliácea, localizada en el exterior de la Cova del Sardo. En ambas, la materia prima es la misma y se trata de un material raro y de la misma procedencia. Este dato puede contribuir a comprender los patrones de movilidad entre asentamientos del final del Neolítico en la zona.

En otro lugar (Gassiot et al., 2020a), planteamos la existencia de cierta regularidad en la distribución de asentamientos de esta época en el PNAESM (figura 5). Así mismo, formulamos el interrogante de hasta qué punto esta regularidad refleja un territorio organizado y ocupado simultáneamente por diversos grupos humanos



**Figura 5.** Distribución de los asentamientos del final del Neolítico con sus respectivas áreas de coste a 1 hora a su alrededor calculadas mediante el algoritmo anisotrópico fuera de camino (y, por lo tanto, menos optimista) de Tobler (1993) y los caminos de coste de la figura 3.

o, por el contrario, el desplazamiento de una única comunidad a través de asentamientos y aprovechamientos sucesivos de sus pastos circundantes. La distinción entre ambas posibilidades es relevante, puesto que discrimina entre un territorio con una mayor densidad demográfica y ocupado por asentamientos (y rebaños) simultáneos, versus otro con una población y una presión sobre el entorno menores. Con toda la cautela que implica tratar únicamente con la información procedente de un único tipo de objeto y procedente de solo dos excavaciones distintas, la presencia de ambas puntas de flecha podría estar indicando la segunda opción y que el mismo grupo que se asentó en la Cova del Sardo poco antes del 3000 cal

ANE lo hiciera, en el mismo ciclo, en el Abric de Les Obagues de Ratera, descartando en ambos sitios una punta de flecha sobre sílex de plaqueta.

## 5. Conclusiones

En la medida en que busca representar y entender las sociedades a lo largo de distintas épocas, la arqueología trata con el tiempo y con el espacio. En las últimas décadas hay un creciente reconocimiento de esta doble vertiente de la arqueología y, en consecuencia, se tienden puentes con la geografía, tanto en el plano metodológico como en el tratamiento analítico del espacio. Sin embargo, en este desa-



rrollo, en ocasiones parece definirse una dualidad entre unas formas de investigación más tradicionales, en lo que al tratamiento del espacio se refiere, y otras más innovadoras. En estas segundas, se identificaría el espacio, que es por definición social, desde una perspectiva arqueológica; como un elemento central en el estudio. En la arqueología más materialista, este espacio objeto de estudio se trata como territorio, mientras que en muchas propuestas postprocesuales se construye como paisaje, es decir, una recreación ideológica de las experiencias con relación al espacio. En ambos casos, la prospección arqueológica cobra relevancia como método, puesto que, de forma análoga a la excavación, permite definir entidades arqueológicas distribuidas espacialmente, además de cuantificar y calificar las relaciones de distancia entre ellas.

Dentro de esta aparente dualidad entre arqueologías, algunas que se refieren al paisaje trasladan esa reivindicación de la prospección de superficie, en general con la realización de sondeos o pequeñas excavaciones para afinar los registros, hacia una pérdida de interés por las excavaciones en extensión. Por definición, la excavación en extensión de un sitio arqueológico es una actividad que requiere tiempo y recursos. En una época en que nos hemos acostumbrado a que los frutos de la investigación se midan en términos de cantidad e inmediatez, parece académicamente poco rentable invertir tiempo y recursos en excavaciones en extensión que pueden exigir la permanencia en un mismo sitio durante varios años. En este contexto, no sorprende que en algunas aplicaciones de la arqueología del

paisaje o del territorio se prescindiera de este tipo de intervenciones y se base la identificación y la representación de los territorios y de los paisajes pretéritos en datos procedentes de prospecciones de superficie calibradas con una selección de pequeñas excavaciones o sondeos en algunos sitios. Como hemos visto, este tipo de actuaciones efectuadas sistemáticamente permiten construir una primera imagen del desarrollo de las sociedades pasadas en el espacio, especialmente en términos del territorio que modelaron. Sin embargo, también hemos visto cómo la realización de excavaciones arqueológicas después de intensas campañas de prospección arqueológica permite afinar notablemente estas primeras representaciones.

Con el tiempo, la arqueología en las áreas de alta montaña se va normalizando y ocupa un lugar por derecho propio dentro de nuestra disciplina. A medida que va madurando va resultando necesario hacer una breve pausa para girar la mirada, observar el camino recorrido y analizarlo. Este trabajo pretende ser una pequeña contribución a esta reflexión en aras de consolidar las fortalezas y resolver las debilidades del viaje realizado. Pensamos que la sistematización de las prospecciones y la visión espacial de la arqueología de la alta montaña, con todas las colaboraciones interdisciplinarias que exige, es, precisamente, una de sus fortalezas. La combinación de las prospecciones de superficie con excavaciones en extensión redimensiona, todavía más, esta perspectiva espacial tan necesaria para el conjunto de nuestra disciplina. Y muestra que la dicotomía anteriormente mencionada es, únicamente, humo.

## Referencias bibliográficas

- ANSCHUETZ, K. F.; WILSHUSEN, R. H.; SCHEICK, C. L.; JOURNAL, S.; JUNE, N.; ANSCHUETZ, K. E.; WILSHUSEN, R. H.; SCHEICK, C. L. (2001). «An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions». *Journal of Archaeological Research*, 9 (2), 157-211.
- BERTRAND, G. (2001). «Le paysage et la géographie: Un nouveau rendez-vous». *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 50, 57-68.
- BERTRAND, C.; BERTRAND, G. (2002). *Une géographie traversière: L'environnement à travers territoires et temporalités*. París: Arguments.
- BINFORD, L. W. (1982). «The Archaeology of Place». *Journal of Anthropological Archaeology*, 1, 5-31.
- CARRER, F.; MOCCI, F.; WALSH, K. (2015). «Etnoarcheologia dei paesaggi alpini di alta quota nelle Alpi occidentali: Un bilancio preliminare. *Il Capitale Culturale: Studies on the Value of Cultural Heritage*, 12, 621-635.
- CATALÁN, J.; BATALLA, M.; BONET, M. T.; BROTONS, L.; BUCHACA, T.; [...] VILLERO, D. (2019). «Análisis ecológico de la culturización del paisaje de alta montaña desde el neolítico: Los parques nacionales de montaña como modelo». En: AMENGUAL, P. (ed.). *Proyectos de investigación en Parques Nacionales: 2013-2017*. Madrid: Organismo Autónomo de Parques Nacionales. *Naturaleza y Parques Nacionales*, serie Investigación en la Red, 281-298.
- CATALÁN, J.; PÈLACHS, A.; GASSIOT, E.; ANTOLÍN, F.; BALLESTEROS, A.; [...] SORIANO, J. M. (2013). «Interacción entre clima y ocupación humana en la configuración del paisaje vegetal del Parque Nacional de Aigüestortes i Estany de Sant Maurici a lo largo de los últimos 15.000 años». En: RAMÍREZ, L.; ASENSIO, B. (eds.). *Proyectos de investigación en Parques Nacionales: 2009-2012: Naturaleza y Parques Nacionales*. Madrid: Organismo Autónomo de Parques Nacionales, 71-92.
- CLEMENTE, I.; GASSIOT, E.; REY, J. (2020). «Arqueología y prehistoria en Sobrarbe: Más de una década de colaboraciones». *Sobrarbe: Revista del Centro de Estudios de Sobrarbe*, 18, 9-92.
- CONOLLY, J.; LAKE, M. (2009). *Sistemas de información geográfica aplicados a la arqueología*. Barcelona: Bellaterra.
- CRIADO, F. (1999). *Del terreno al espacio: Planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*. Santiago de Compostela: INCIPIT. *Cadernos de Arqueoloxía e Patrimonio (CÁPA)*, 6.
- DAVID, B.; THOMAS, J. (eds.) (2008). *Handbook of Landscape Archaeology*. Walnut Creek: Left Coast Press.
- GARCIA, D.; GASSIOT, E. (2022). «The Archaeology of Pastoralism in the Central Pyrenees: A Diachronic Analysis of Livestock Structures in Aigüestortes i Estany de Sant Maurici National Park». *Journal of Mediterranean Archaeology*, 35 (1), 5-31. <<https://doi.org/10.1558/jma.23767>>
- GARCIA CASAS, D. (2018). *Arqueologia d'un territori d'alta muntanya del Pirineu Central: Persones, ramats i prats al llarg de la història al Parc Nacional d'Aigüestortes i Estany de Sant Maurici*. [Tesis doctoral]. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona. Recuperado de <<http://hdl.handle.net/10803/666995>>.
- GASSIOT, E. (ed.) (2016). *Arqueologia del pastoralismo en el Parque Nacional d'Aigüestortes i Estany de Sant Maurici: Montañas humanizadas*. Madrid: Organismo Autónomo Parques Nacionales.
- (2023). «Defying limits: Archaeology of social landscapes in high mountain areas of the Central Pyrenees». En: QUIRÓS, J. A.; NAVARTE, J. (eds.). *People and Agrarian Landscapes. Approaches and methods for an Archaeology of Peasantry in the Western Mediterranean*. Oxford: Archeopress Publishing, 52-70.



- GASSIOT, E.; CLEMENTE, I.; MAZZUCCO, N.; GARCIA CASAS, D.; OBEA, L.; RODRÍGUEZ ANTÓN, D. (2016). «Surface surveying in high mountain areas, is it possible?: Some methodological considerations». *Quaternary International*, 402, 35-46.  
<<https://doi.org/10.1016/j.quaint.2015.09.103>>
- GASSIOT, E.; GARCIA, D.; NUNES, J.; SALVADOR, G. (2020a). «Modelización de territorios ganaderos en la alta montaña al final del Neolítico: Una integración de análisis espacial e información etnográfica». *Trabajos de Prehistoria*, 77 (1), 48-66.  
<<https://doi.org/10.3989/tp.2020.12246>>
- GASSIOT, E.; CLEMENTE, I.; DÍAZ, S.; MAZZUCCO, N.; OBEA, L.; RODRÍGUEZ, D.; SALVADOR, G. (2020b). «Des de la prehistòria fins a l'actualitat: Les ocupacions de l'Abric de Les Obagues de Ratera, al Parc Nacional d'Aigüestortes i Estany de Sant Maurici (Espot)». En: *Segones Jornades d'Arqueologia i Paleontologia del Pirineu i Aran*. Lleida: Generalitat de Catalunya. Departament de Cultura, 94-101.
- GASSIOT, E.; MAZZUCCO, N.; CLEMENTE-CONTE, I.; RODRÍGUEZ-ANTÓN, D.; OBEA, L.; QUESADA, M.; DÍAZ, S. (2017). «The Beginning of High Mountain Occupations in the Pyrenees: Human Settlements and Mobility from 18,000 cal BCE to 2000 cal BCE». En: CATALÁN, J.; NINOT, J.; ANIZ, M. (eds.). *High Mountain Conservation in a Changing World*. Cham: Springer Open, 75-105.  
<[https://doi.org/10.1007/978-3-319-55982-7\\_4](https://doi.org/10.1007/978-3-319-55982-7_4)>
- GASSIOT-BALLBÈ, È.; MAZZUCCO, N.; DÍAZ-BONILLA, S.; OBEA-GÓMEZ, L.; REY-LANASPA, J.; BARBA-PÉREZ, M.; GARCIA-CASAS, D.; RODRÍGUEZ-ANTÓN, D.; SALVADOR-BAIGES, G.; MAJÓ-ORTÍN, T.; CLEMENTE-CONTE, I. (2021). «Mountains, Herds and Crops: Notes on New Evidence from the Early Neolithic in the Southern Central Pyrenees». *Open Archaeology*, 7 (1), 1015-1034.  
<<https://doi.org/10.1515/opar-2020-0193>>
- GASSIOT, E.; RODRÍGUEZ-ANTÓN, D.; PÈLACHS, A.; PÉREZ OBIOL, R.; JULIÀ, R.; BAL, M. C.; MAZZUCCO, N. (2014). «La alta montaña durante la Prehistoria: 10 años de investigación en el Pirineo catalán occidental». *Trabajos de Prehistoria*, 71 (2), 261-281.  
<<https://doi.org/10.3989/tp.2014.12134>>
- GRAGSON, T. L.; LEIGH, D. S.; COUGHLAN, M. R. (2015). «Basque Cultural Landscapes of the Western French Pyrenees». En: MOSCATELLI, U.; STAGNO, A. (eds.) (2015). *Archeologia delle aree montane europee: metodi, problemi e casi di studio. Archaeology of Europe's mountain areas: methods, problems and case studies*. Macerata: Università di Macerata, 565-596.
- GUILAINE, J.; MARTZLUFF, M. (dirs.) (1995). *Les excavacions a la Balma de la Margineda 1979-1991*. Andorra la Vella: Edicions del Govern d'Andorra.
- HODDER, I.; ORTON, C. (1990). *Análisis espacial en arqueología*. Barcelona: Crítica.
- JARMAN, M. R.; VITA-FINZI, C.; HIGGS, E. S. (1972). «Site catchment analysis in archaeology». En: UCKO, P.; TRINGHAM, T.; DIMBLEDY, C. (eds.). *Man, Settlement and Urbanism*. Londres: Duckworth, 61-66.
- JOHNSON, M. H. (2012). «Phenomenological approaches in landscape archaeology». *Annual Review of Anthropology*, 41, 269-284.  
<<https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-092611-145840>>
- LAURENT, A.; LEA, V.; ARD, V.; BALEUX, F.; CALASTRENC, C.; [...] RENDU, C. (2019). «Création de référentiels commun: La coordination complexe du travail collaboratif». *Archéologies Numériques*, 3 (1), 1-12.
- LE COUÉDIC, M. (2010). *Les pratiques pastorales d'altitude dans une perspective ethnoarchéologique: Cabanes, troupeaux et territoires pastoraux pyrénéens dans la longue durée*. [Tesis doctoral]. Tours Université François-Rabelais. Recuperado de <<https://tel.archives-ouvertes.fr/tel-00543218/>>.
- LE COUÉDIC, M.; CALASTRENC, C.; RENDU, C. (2019). «Artefacts et écofacts d'une archéologie de l'estivage dans la longue durée». En: INDINO, G. (ed.). *L'artefact dans ses multiples*

- facettes de l'Antiquité à nos jours*. Pau: Presses de l'Université de Pau et des Pays de l'Adour, 223-253.
- LE COUÉDIC, M.; CALASTRENC, C.; RENDU, C.; ALLÉE, P. (2016). «A la recherche des sites». En: RENDU, C.; CALASTRENC, C.; LE COUÉDIC, M.; BERDOY, A. (eds.). *Estives d'Ossau: 7 000 ans de pastoralisme dans les Pyrénées*. Tolosa: Le Pas d'Oiseau, 60-83.
- MAZZUCCO, N. (2018). *The Human Occupation of the Southern Central Pyrenees in the Sixth-Third Millennia cal BC: A traceological approach to flaked stone assemblages*. Oxford: BAR Publishing. British Archaeological Reports, 2905.
- MAZZUCCO, N.; CLEMENTE, I.; GASSIOT, E. (2019). «Lost in the mountains?: The Cova del Sardo and the Neolithisation of the Southern Central Pyrenees (fifth-third mill. cal BC)». *Archaeological and Anthropological Sciences*, 11, 1461-1475. <<https://doi.org/10.1007/s12520-018-0603-0>>
- MONTES, L.; DOMINGO MARTÍNEZ, R.; LABORDA LORENTE, R.; LANAU, P.; VILLALBA-MOUÇO, V.; GISBERT, M.; SEBASTIÁN, M. (2019). «Le canyon de la Pardina et ses estives: Approche archéologique d'un territoire de haute montagne dans le parc national d'Ordesa et du mont Perdu (Fanlo, Huesca, Espagne)». En: DESCHAMPS, M.; COSTAMAGNO, S.; MILCENT, P.-Y.; PÉTILLON, J.-M.; RENARD, C.; VALDEYRO, N. (dirs.). *La Conquête de La Montagne: Des Premières Occupations Humaines à l'Anthropisation du Milieu*. Paris: Comité des travaux historiques et scientifiques, 251-275.
- ORENGO, H.A.; PALET, J. M.; EJARQUE, A.; MIRAS, Y.; RIERA, S. (2014). «Shifting occupation dynamics in the Madriu-Perafita-Claror valleys». *Quaternary International*, 353 (5), 140-152. <<https://doi.org/10.1016/j.quaint.2014.01.035>>
- PALET, J. M.; EJARQUE, A.; MIRA, Y.; RIERA, S.; EUBA, I.; ORENGO, H. (2008). «Formes d'ocupació d'alta muntanya a la vall de la Vansa (Serra del Cadí - Alt Urgell) i a la vall del Madriu-Perafita-Claror (Andorra): Estudi diacrònic de paisatges culturals pirinencs». *Tribuna d'Arqueologia* (2006-2007), 229-253.
- PALET, J. M.; GARCIA MOLSOA, A.; ORENGO, H. A.; POLONIO, T. (2017). «Els espais altimontans pirenaics orientals a l'Antiguitat: 10 anys d'estudis en arqueologia del paisatge del GIAP-ICAC». *Treballs d'Arqueologia*, 21, 77-97. <<https://doi.org/10.5565/rev/tda.59>>
- PALET, J. M.; OLMOS, P.; GARCIA, A.; POLONIO, T.; ORENGO, H. A. (2019). «Occupation et anthropisation des espaces de haute montagne dans les vallées de Nuria et de Coma de Vaca (Gerona, Espagne): Résultats des recherches archéologiques et patrimoniales». En: DESCHAMPS, M.; COSTAMAGNO, S.; MILCENT, P.-Y.; PÉTILLON, J.-M.; RENARD, C.; VALDEYRO, N. (dirs.). *La Conquête de La Montagne: Des Premières Occupations Humaines à l'anthropisation Du Milieu*. Paris: Éditions du Comité des travaux historiques et scientifiques, 276-291.
- PARCERO, C. (2002). *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico*. Santiago de Compostela: Instituto de Estudios Galegos Padre Sarmiento.
- RENDU, C. (2003). *La montagne d'Enveig, une estive pyrénéenne dans la longue durée*. Canet-sur-mer: Trabucaire.
- RENDU, CH.; CALASTRENC, C.; LE COUEDIC, M.; BERDOY, A. (coords.) (2016). *Estives d'Ossau: 7 000 ans de pastoralisme dans les Pyrénées*. Tolosa: Le Pas d'Oiseau Éditions.
- RODRÍGUEZ-ANTÓN, D. (2020). *Ocupación e impacto humano en la alta montaña durante la prehistoria: Un estudio arqueambiental de Aigüestortes (8 - 4 ka cal BP) mediante el análisis de fitolitos*. [Tesis doctoral]. Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Prehistòria. Recuperado de <<http://hdl.handle.net/10803/669526>>.
- SANTOS, M. (2000). *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Ariel.
- TARIFA, N. (2019). *Pottery use on the Mediterranean coast of the Iberian Peninsula*. [Tesis doctoral]. Departament de Prehistòria. Universitat Autònoma de Barcelona. Recuperado de <<http://hdl.handle.net/10803/670130>>.

- TILLEY, C. (1994). *The phenomenology of landscape: Places, paths and monuments*. Oxford: Berg.
- TOBLER, W. (1993). *Three Presentations on Geographical Analysis and Modeling: Non- Isotropic Geographic Modeling; Speculations on the Geometry of Geography; and Global Spatial Analysis*. Santa Barbara: University of California. NCGIA Technical Reports.
- UCKO, P. J.; LAYTON, R. L. (eds.) (1999). *The Archaeology and Anthropology of Landscape*. Londres: Routledge.
- VITA-FINZI, C.; HIGGS, E. S. (1970). «Prehistoric economy in the Mount Carmel area of Palestine: Site catchment analysis». *Proceedings of the Prehistoric Society*, 36, 1-37.

